

SERMON PRIMERO
DE NUESTRA SEÑORA
DE GUADALUPE,

Predicado en su santuario el día 12
de diciembre en que se celebra su
milagrosa aparicion.

*Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini
mei ad me? LUCÆ C. I. V. 43.*

Los augustos oficios de Salvador y Maestro de los hombres, de que se dignó encargar el hijo de Dios para desempeñarlos gloriosamente con su muerte y con su doctrina, los quiso comenzar en el misterio que acabais de oír en el evangelio, aun encerrado en el materno seno ilustrando la casa de Isabel, y santificando al Bautista. Porque, á la manera que el sol desde los primeros pasos de su oriente dora las cumbres de los montes, é ilumina los humildes y escondidos valles; así Jesucristo á pocos dias de concebido camina en el virgineo vientre de María hasta las retira-

das y escabrosas montañas de Judea á hacer partícipe á la dichosa casa de Isabel de las primicias de su venida. Quería dar de este modo un anticipado testimonio de que su abundante redencion y su soberana doctrina, extendiéndose á los hombres todos, propagándose hasta los mas ocultos rincones de la tierra, serian el mas irrefragable documento de un Dios Salvador muerto por todos, y de un maestro divino que haria resplandecer la luz de su religion hasta en las mas remotas regiones. ¿Y quién no vé entre tantos prodigios como encierra esta primera predicacion de Jesucristo multiplicadas en un misterio las maravillas? El Bautista antes santo que nacido; Isabel llena del espíritu del Señor; su casa resonando en alabanzas de Dios; María que sin detenerla ni su virginal pudor y retiro, ni la dificultad de un penoso viage, ni las escarpadas rocas de la montaña, camina presurosa para venir á ser el glorioso instrumento de tan inefables misterios.

Mas cuando sorprendida de la alta dignacion de María se me representaba ya la santa madre Isabel prorrumpiendo en expresiones de un absorto agradecimiento, arrebatada violentamente mi imaginacion con la semejanza de los misterios de He-

bron y Méjico, de las montañas de Judea y las incultas rocas de Tepeyac, me parece oigo á nuestra América en el felicísimo dia doce del año de 1531 que aborta y fuera de sí, al ver bajar del cielo á la tierra á María en su hermosísima y graciosísima copia de Guadalupe, exclama con las mismas palabras de Isabel: *Et ¿unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?* De donde á mi centro de la idolatría mas ciega, asiento de la impiedad mas bárbara tanta felicidad; y qué méritos tengo para tan grande dicha como venir la misma madre de Dios á ser el instrumento de mi conversion despues de quince siglos que comenzó á rayar la luz del evangelio? *¿et unde hoc mihi?* Así sin duda á imitacion de la feliz madre del Bautista exclamaría la América á vista del prodigio que ya todos sabeis, y cuya memoria celebramos hoy en la milagrosa imágen de Guadalupe. Contengamos, señores, por un breve rato los torrentes de júbilo, que á tan dulce recuerdo anegan nuestros corazones rebosando ácia afuera derramados en nuestros semblantes, mientras que discurremos agradecidos sobre la incomparable felicidad de haber la madre de Dios tomado á su cargo la conversion de este vasto imperio, beneficio sin duda el ma-

yor entre los grandes é innumerables que debemos á María santísima de Guadalupe. Yo he llegado á pensar que si la poblacion de este nuevo mundo es hasta ahora un problema, cuya dificultad ha burlado los curiosos afanes de los eruditos, la propagacion del evangelio en él, el establecimiento de la religion, la conservacion de la fé mas pura sería á lo menos un problema escondido y misterioso á no tenerle claramente desatado en la aparicion guadalupana. Veis pues aquí lo que en este dia pretendo sea materia de mi oracion, y vuestro regocijo. Los medios porque el evangelio se ha propagado en nuestra region son tan raros, tan sin egemplar los instrumentos de que se ha valido la Providencia para el establecimiento de la religion de Jesucristo que nos obligan á reconocer en ellos el problema sagrado de la conversion de la América declarado y manifesto en la aparicion de María santísima de Guadalupe.

Ni espereis de mí reflexas ingeniosas, discursos nuevos y brillantes que interesen vuestra atencion, ni yo temo que el dulce amor á la patria me arrebaté á sacrificar con hiperbólicos elogios la verdad: conozco que debe desterrarse muy lejos de este respetable lugar ese ídolo vano de

los hombres, y sé tambien que para los piadosos corazones de la América no hay en este dia discurso mas agradable, reflexa de mas aprecio que un sencillo recuerdo de los incomparables beneficios que reciben de María en el simulacro de Guadalupe. Ni dudo satisfacer vuestra piedad, si la misma inmaculada Virgen, que en la imágen que veneramos quiso darnos el traslado mas fiel de su original pureza, me socorre con su gracia: ayudadme á implorarla con el Angel. AVE MARIA

Todo es raro y singular en la América::::: Parece que la naturaleza y la fortuna (diré mejor) la providencia conspiran de acuerdo para sacar á luz en el gran teatro del mundo una region tan diferente de las demas en todas sus partes, que se creía ó un monstruoso parto compuesto de portentos, ó un pais exquisito de maravillas. Pasemos en silencio los mentidos gigantes, los animados quimericos restos de una antigüedad fabulosa, con que suelen engrandecerse los principios y fundaciones de nuevos reynos, y de que dejaron engañarse algunos de nuestros primeros historiadores, no menos sabios que sencillos. Reflégemos solo á la luz de la verdad y de la experiencia en la muchedumbre de innumerables na-

ciones conocidas aun por sus idiomas que concurrieron á su primera fundacion y despues á su aumento; en la benignidad del clima, á pesar de los rayos del sol que la hieren los mas cercanos y derechos; en esta eterna primavera de una region, que colocada casi bajo la línea se creyó mucho tiempo inhabitable; en sus frutos exquisitos, sus rios caudalosisimos, que nos hacen admirar en ella la imaginada tempe de los poetas, ó la mentirosa atlantides de Platon. Añadid á esto los rumbos tan extraños, los medios en lo humano mas improporcionados de que quiso servirse la Providencia para sugetar este nuevo mundo á las gloriosas católicas armas españolas. Llegado ya el tiempo en que Dios en su eterno consejo destinaba añadir una nueva corona á la siempre augusta y brillante de nuestros soberanos, levantando el invicto espíritu del heróyco extremeño Don Fernando Cortés á la empresa mas alta, conduce á pesar de los mayores inconvenientes su pequeña armada hasta nuestras costas. No debo detenerme en referiros prodigios que saben aun los niños y rudos: persecuciones de los mismos gefes que habian sido los primeros autores de tan gloriosa idea, emulaciones y discordias en el corazon de aque-

la pequeña tropa, ignorancia del idioma y costumbres de los indios, de los derrotos de las marchas; nada fué estorbo para que las reliquias de un pequeño ejército, poco antes honrosamente fugitivo, triunfara victorioso de millares sin número de enemigos, destruyendo en una batalla casi decisiva todo el poder de los meicanos, para avasallar despues reforzado á Méjico, y en Méjico todo este vasto imperio. De este modo, á costa de una serie de los que no dudo llamar milagros, allanaba el omnipotente el camino á la conversion de los indios, como si ensayara la Providencia en la conquista natural la espiritual y sagrada que habia de obrarse por los medios mas singulares. Diez años solos habian pasado del feliz vasallage de la nacion meicana, cuando ardiendo aun la guerra en las provincias y pueblos vecinos, entre el ruidoso estruendo de las armas quiso la madre amante de la paz, apareciéndose á un Indio humilde y despreciado, fijar su habitacion á la frente misma de la capital Méjico.

Comencemos ya, señores, despues de admirar las dulces palabras con que María explica á Juan Diego el fin de su venida, el solícito desvelo con que tres veces le busca aun cuando el Indio se escondia;

comencemos ya á tropezar en dificultades misteriosas que forman el sagrado problema del establecimiento del evangelio en la América solo explicables en la aparicion de María. Escoger la Señora para su aparicion un tiempo en que, dominante aun la idolatría, débil en sus primeras cunas la fé de Jesucristo miraban aquellos naturales como horrorosa novedad, ó como arte ilusoria de los españoles cualquier prodigio; tomar para instrumento que publicara su voluntad y su venida á un indio neofito y desconocido, cuya deposicion era para los nuestros justamente sospechosa de vana credulidad, y para sus compatriotas de fingido portento inventado para engañarlos: aparecerse rodeada de señales y símbolos en quienes la pasion dominante de los indios por esta clase de geroglificos, en que colocaban sus ridículas deidades, podia buscar fomento á la idolatría: por último estampar su imágen no en una materia preciosa sino en un tosco *ayate*; no con aquellas magestuosas apariencias cuyo esplendor fuera un golpe que confundiera la incredulidad, sino con el humilde semblante, encogimiento y color de una virgencita india, ¿no era todo esto al parecer un medio ya que no opuesto al menos despro-

porcionado para una obra tan difícil como la conversion de los indios? Así parecería á la engañosa crítica de la humana prudencia; pero no así al poder de Dios que en la aparición de María, destinada para apóstol del nuevo mundo, queria hacer nos ver no sé que semejanza con la primera venida del Redentor cabeza y fundamento de su iglesia. Y ¿á quiénes se descubre primero por anuncio de un ángel el nacimiento del hijo de Dios, en que dejó aparecer su benigna humanidad, sino á pobres abatidos pastores? ¿quiénes los instrumentos que despues le publican al mundo sino hombres segun la carne groseros y rudos? ¿Con qué brillo, con qué magnífica ostentacion aparece? Su caracter es el desprecio y abatimiento; su trono unas pajas; su vestido unos toscos pañales; y al fin no escoge para la gloriosa empresa de convertir al mundo alguna de las superiores naturalezas, sino que se viste de la misma carne de aquellos á quienes viene á redimir con su muerte. Yo no me atreviera á proponeros esta semejanza expuesta á parecer uno de aquellos discursos sin fondo á que arrebatá muchas veces el empeño de elogiar, á no saber que la perfecta conformidad entre Jesucristo y María ha dado fundamento á que los PP. de

la iglesia la aplaudan ya con el título de de redentora de los hombres, ya de compañera de Jesus en la redencion, y, lo que hace mas á mi intento, á que la iglesia universal la canoniche con el renombre de Reyna de los apóstoles: ¿y cuándo dió las mas claras demostraciones de este glorioso título que en su admirable aparición de Guadalupe por cuyo medio quiso Dios obrar en la América la conversion mas rara que habian visto los siglos?

Porque ¿qué otra cosa podemos discurrir cuando reflejando en la publicacion del evangelio en nuestros reynos echamos menos aquellas comunes reglas, aquellas leyes ordinarias que estableció el hijo de Dios para extender su religion en lo restante del universo? Remontad hasta aquella felicísima época en que el Salvador disponiendo propagar su fé por todo el mundo formando una escogida tropa de sus apóstoles y discípulos les encomienda esta soberana empresa: Id, les dice, y predicad por la redondez de la tierra mi evangelio: *euntes predicat evangelium omni creaturae* (1). Divididos despues, escogiendo cada uno, segun convenia, terreno para sus conquistas, caminan veloces

(1) Math 28. 20.

por el universo como diestros y prudentes conquistadores que no pudiendo de un solo golpe sugetar las provincias dirigen las fuerzas de sus armas ácia las capitales para dominar en la cabeza los miembros todos: así revestidos del Espíritu Santo los apóstoles convierten en las principales ciudades las tres partes entónces conocidas: Asia, Africa y Europa. Fué el Asia el anchuroso campo en que trabajaron los apóstoles todos. Conquistaron la Europa á Jesucristo los Santos Andrés y Bernabé, Santiago el menor y San Juan: redujeron la Africa entre otros San Simon y San Judas. Pero como algunos particulares reynos y provincias, ó no sugetaron entónces su cerviz orgullosa á la fé, ó rebeldes despues de sugetarse sacudieron el dichoso yugo que las ataba, ya desde aquel tiempo los mismos apóstoles, ya en los siglos siguientes la cabeza visible de la iglesia deputaban continuamente sucesores esforzados y santos para nuevas conquistas. Corren la España los Indalecios, Secundos, Eufrasios: convirtieron los Dionisios la Francia; la Irlanda los Patricios; los Agustinos la Inglaterra; santificaron los Frumencios la Abisinia; la Moscovia los Fulbertos; los Egibertos la Alemania sin esconderse á los afanes y des-

velos de un Xavier las vastas tierras del oriente. Solo la América, señores, es el pais infeliz y desgraciado, solo ella es el lugar de las tinieblas adonde no llegan estas luces. Por mas que se esfuerce la piadosa tradicion de la venida de Santo Tomás á estas regiones; el alto silencio de todos los escritores eclesiásticos anteriores al descubrimiento del nuevo mundo sabiamente aplicados á conservar á la posteridad estos gloriosos monumentos; el rumbo que eligió este apóstol santo, empleado en la conversion de la Bractania y Media tan distantes de nuestra América, su sagrada predicacion en la India oriental (aunque dudosa) cuyo nombre aplicado despues á este pais daba lugar á una fácil equivocacion, son argumentos de sumo peso para rechazar este rasgo de historia tan incierta. Y que vuelvo á decir ¿la providencia universalmente benéfica solo á la América niega estos oportunos medios para la fé comunes á lo restante del universo? ¿Solo ella, entre todas las naciones infeliz, es la tierra maldita que no cultivan los sudores apostólicos, y que no fertiliza su sangre?

Degemos, señores, de acusar injustamente los amorosos designios de Dios ácia nosotros, que si entónces quiso quedara

cerrada á sus apóstoles la puerta de este nuevo mundo, era porque destinaba en su misma madre instrumento mas glorioso para su conversion: (1) *et erit* (decia Isaias) *in novissimis diebus preparatus mons domus Dei in vertice montium: et dicent venite ad domum Dei et docebit nos vias suas*. Si, vendrán últimamente, despues de publicado el evangelio en todo el mundo, los tiempos en que se prepara María monte excelso de santidad en que Dios fabricó su mas hermosa casa, para que á ella concurren las gentes á aprender la ley santa. Casi no hay cláusula en todo este pasage de Isaias, literal profecía de la conversion de los gentiles, en que no se halle delineada la América: allí se ve una nacion belicosa convirtiendo los instrumentos de guerra en arados y en hoces para el cultivo de los campos, puntual trabajo de los indios antes fieramente guerreros ya depuesta la furia, empleados solo en el afan de la labor: (2) *conflabunt gladios suos in vomeres, et lanceas in falces*: una tierra sin límites, de oro y plata, cubierta por todas partes de ídolos: *repleta est terra idolis, repleta est argento et auro, et non est finis thesaurorum*

(1) Isai. c. 2, vs. 1 y 2.

(2) Isai. c. 2, v. 4.

rum (1): unos hombres pusilanimos huyendo á sepultarse en las cavernas de los montes: *et ingredietur sissuras petrarum, et cavernas saxorum* (2). Anticipado testimonio de que escogería la madre de Dios esta region para preparar en la cumbre de sus montes la casa del Señor de donde, como de Jerusalem dichosa, se comunicara á estos pueblos la ley del evangelio *quia sex Sion exibit lex et verbum Domini de Jerusalem* (3).

Así fué puntualmente, porque apareciéndose la madre de Dios desde aquel pequeño templo, primera casa suya, derramaba sobre la nacion indiana tanta copia de luces, tan poderosas inspiraciones, que casi sin resistencia abrazaban la religion. Hablaban los celosos ministros á los oidos, y predicando mudamente María á los corazones, cada paso era una conquista, cada trabajo un triunfo viéndose estendida en poco mas de un siglo la luz del evangelio desde Nicaragua y Yucatan hasta la California, Sonora y Cinaloa. ¡Dios inmortal! ¿De donde tanta velocidad, de donde esta gloriosa rapidez con que en pocos años la religion, como una impetuosa

(1) Isai. c. 2, v. 7.

(2) Id. v. 21.

(3) Id. v. 3.

corriente, lleva sus aguas hasta los mas remotos paises taladrando y destruyendo los mas soberbios montes de la idolatría? Doce apóstoles revestidos del Espíritu Santo, sus discípulos y sucesores armados del omnipotente brazo del Señor corren el mundo antiguo para plantar su fé; pero, como si trabajaran en peñascos durisimos, cada conversion cuesta infinitos sudores, riego de que vió San Juan al capítulo 17 embriagada la tierra de la sangre de los mártires cuando bajara la celestial Jerusalem. Yo no necesito persuadiros que la señal que San Juan vió en el cielo, ya como una muger prodigiosa vestida del sol y calzada de la luna, ya como ciudad nueva y santa, sea un símbolo de María en nuestra bellissima copia; despues que la misma iglesia en el oficio con que la celebra parece que la ha acomodado esta sagrada profecia. Si esto es así, qué mucho que en la América derramara tan poca sangre la idolatría despues de aparecida la virgen de Guadalupe si bajaba la Jerusalem Santa á desterrar estas sangrientas muertes: *et mors ultra non erit*. En lo restante del universo eran los hombres los apóstoles; aquí la madre de Dios: allá se observaba uniformemente el sabio orden establecido por Dios para la conquista de

las almas; aquí destinando á su madre para instrumento de su conversion le dispensó en algun modo haciendo resplandecer una nueva maravillosa providencia.

Tan suave á la verdad, tan inefable que si á las otras naciones quiso traer á su imperio á fuerza de milagros, y á costa de repetidas maravillas, en la América casi sin otro prodigio visible en aquellos tiempos que el de la aparicion de María, quiso ostentar ¡cuan fuerte, cuan poderoso es el dulce dominio que su madre goza sobre los corazones! No sé, señores, si alguna vez al leer los milagros tan frecuentes con que la diestra del Todopoderoso abrió camino á su religion, habreis reflejado cómo la incredula obstinacion del espíritu humano se habia ya familiarizado con los prodigios. Parece que Dios hacía en aquellos siglos á sus ministros árbetros y depositarios de su omnipotencia, y que no tanto quería atraer cuanto arrastrar dulcemente con la fuerza de los milagros á los hombres á que abrazaran su doctrina. Eran, dice el gran padre San Gregorio, necesarios estos medios para plantar en el mundo la religion, y la fé de los primeros creyentes no se habia de nutrir sino con este vigoroso alimento. Ni solamente por los oidos con la noticia, por sus mismos

ojos entraban al espíritu estas elocuentes voces de Dios, tan eficaces que sin escusa alguna, dice un insigne teologo, solo quien no tuviera entendimiento podia negarse á la fé: *Tan multis magnis mirisque prodigiis confirmata sunt ut genus videatur esse dementia in his vel alicuantulum dubitare.* Veian á cada paso ciegos, sordos, enfermos de todo genero recuperados la vista, el oido y la salud; miraban con asombro levantarse de los lechos, de los feretros y aun de los mismos sepulcros los muertos frios y pálidos, vivos y robustos; á su presencia dejaban los demonios forzados los cuerpos que poseian; mudaban los ríos su curso; volaban los pesados montes, y todos los elementos olvidados de su naturaleza obedecian la imperiosa voz de los ministros de Jesucristo. Humildes caminaban estos al martirio, pero no tanto á perder la vida, cuanto á testiguar con milagros la verdad. El fuego, depuesta su natural actividad, se convertia en blando cefiro que los alhagaba; las fieras mas sangrientas, en lugar de esgrimir contra ellos las garras de los dientes, postradas á sus pies con humilde mansedumbre los lamian; el mas templado acero se ablandaba al llegar á sus cuellos, y esto tantas veces, que apenas leemos en

los annales eclesiásticos martirio alguno, en que no descubramos uno ó muchos, ó todos los referidos milagros. Pero oponiendo los hombres á tantas maravillas la de su obstinacion en los paises mas cultos en donde las naturales luces del ingenio los debian hacer mas dóciles á la religion, allí mismo los obreros evangélicos, á pesar de portentos sin número, veian muchas veces burlados sus afanes.

Volved ahora, señores, á la América: recorred uno por uno los lugares en que se ha publicado el evangelio, el rápido curso de sus conquistas, la docilidad con que le han abrazado sus naturales, y decidme ¿si se debe atribuir esto á la eficaz persuasiva de los milagros? Y no os parece escasa la Providencia en estos paises de maravillas, si en el mundo antiguo se contaban por millones, y acá se cuentan por unidades? ¿dónde están para plantar el evangelio las frecuentes resurrecciones de los muertos? ¿dónde aquel trastorno tan comun de las leyes de la naturaleza? ¿dónde aquella voz penetrante de los milagros con que hablaban á las otras naciones los apostólicos ministros? Gentes innumerables por su multitud, degradadas (bien que injustamente) por su ignorancia aun de racionales, diversísimas en sus cultos y

ritos, entre quienes se hallaban (lo que quizá no se ha visto en lo restante del universo) naciones enteras ateistas; groseramente supersticiosas, dominadas de la crueldad necesitaban mas que otra alguna de esta dulce violencia. Pero no hay que cansarnos: aparecióse María santísima de Guadalupe, trajo desde el cielo en su copia hermosísima un portento, pero conjunto de muchas maravillas; un milagro pero perenne, permanente, continuo; fijó su habitacion junto á Méjico, y desde aquí predicando interiormente á los corazones, sin necesitar de milagros tan repetidos, redujo en breve tiempo estas numerosas provincias. Megicanos, tultecas, totonacos, othomies, tarascos, guastecos, matlazincas, y que sé yo, gentes sin número cuyos nombres se resisten aun á la pronunciacion, se vieron en pocos años levantar sobre las ruinas de sus impuros ídolos la cruz del Salvador. No hay que admirarnos era María la invicta conductora en todas estas conquistas; María era el escudo de los misioneros; era su primer cuidado inspirar á los recién conquistados el amor á María; al paso que el imperio de Jesucristo se estendia, la devocion á su madre, la piedad ácia María de Guadalupe era la que le abria la puerta á la fé

de Jesus. Resonó el nombre de Guadalupe hasta las retiradas costas del sur y del norte, sin haber reyno, provincia, ciudad, pueblo en donde no se vean templos y altares consagrados á su memoria. María Guadalupeana es el asilo de los sábios y grandes, de los ignorantes y pequeños, su nombre se publica en los palacios y chozas, le repiten balbucientes los labios de los niños, ni hay casa, ¿qué digo casa? no hay despreciable habitacion, no hay humilde cabaña de cuyas desaliñadas paredes, y de cuyo humeado recinto no penda alguna imágen de Guadalupe.

Aquí, señores (si la estrechez del tiempo, y vuestra respetuosa atencion no me obligaran á la brevedad), era la ocasion mas oportuna para que pasando ya de la propagacion del evangelio en la América por medios tan estraños á la conservacion de la fé mas pura, reconocierais de nuevo en ésta el benéfico apostolado de María. Seria necesario ponerlos á los ojos, como en un breve mapa, delineadas en todo el universo las furias sangrientas de heregías, cismas, errores que han hecho cruda guerra y combatido la religion. La Asia santificada con la sangre del Hijo de Dios, teatro de los afanes apostólicos, escogida por el amado discípulo para fun-

dar en ella aquellas siete augustas iglesias; hecha ya ha muchos siglos el país de la heregía y el cisma: dominada la Africa del mahometismo: infestada la Europa en los mas de sus reynos del error é impiedad: allí veriais salir desde el tiempo de los apóstoles del seno mismo de la religion ingratos hijos que la destrozan, formarse en ella misma cismas que la dividen, nacer de su regazo errores que la persiguen: ó señores, hemos visto la dominacion desolante de asiento en el lugar sagrado y suceder á la idolatría que dominaba antes de Jesucristo la heregía funesta tremolando sus negros estandartes en el universo. Pero si alguna vez habeis fatigado vuestros ojos con la vista de un mapa tan melancólico, que yo no tengo lugar de delinearos: descansadlos, recreadlos, volviéndolos á la América. Mirad la herencia destinada á María, el lugar de sus conquistas y domicilio, la desierta region á donde como muger fuerte voló para domar la cerviz orgullosa del dragon de la heregía, trono donde descansa la madre de Dios, para mostrar, como ella misma dijo á Juan Diego, su amor y clemencia ácia los naturales:::Miradla, digo; entre todas las naciones del mundo puede gloriarse justamente de no haber abrigado en sí

el monstruo abominable del error.

Despues de dos siglos y medio ¿qué heregía ¡ah! no digo nacido en ella, pero ni aun contagiádola? ¿qué error la ha manchado? ¿qué cisma ha dividido sus iglesias? Ni como habia de fomentar estas pestes la herencia destinada á la que en todo el mundo ha triunfado gloriosamente de ellas. Desaparezcan ya de nuestros ojos aquellas horrorosas pinturas con que suele representárenos la nacion de los indios sujeta aun á la idolatría, á pesar de las exteriores apariencias de religion. Despues que sábias plumas han desagraviado no tanto á ellos, quanto á María de Guadalupe de esta calumnia ¿qué podría yo decir sino que sus supersticiones son muchas veces excesos en que se desliza una piedad poco ilustrada, comunes aun á las naciones mas cultas y menos sospechosas en su fé; que si lloramos aun en ellos algunos errores, son mas que de impiedad, efectos de ignorancia, y que todo lo desmiente su humilde devocion á María de Guadalupe; mas ¿cómo podré disimular el vivo dolor de que nos penetran aquellas naciones aun infieles entre los indios que cada dia horrorizan nuestros oidos con las noticias de su irreligion y crueldad! Pero sino ha llegado, señores,

el tiempo que destina Dios en sus inescrutables consejos para su reduccion, quizá el Señor ha querido dejar este infelice resto de la impiedad para que en solicitud de su conversion resplandezca el católico celo de nuestro soberano, se egercite el glorioso trabajo de los ministros, y para que avista de las dificultades que se pulsán en reducirlas, conozcamos cuan difícil, cuan árdua, cuan llena de tropiezos fué en nuestros países la propagacion del evangelio que, por medios hasta entonces nunca vistos, egercutó María Señora como nuevo apóstol en su imágen de Guadalupe. Y ¡oh! quiera el cielo que en el augusto reynado del tercer Carlos veamos llevar hasta los últimos términos de la América el nombre de Jesus. Estos deben ser en el día los objetos de nuestras súplicas y votos. Heregias, errores, cismas, demonios, pestes, inundaciones, todo huye á la invocacion de María Señora de Guadalupe. Esto solo falta para llenar nuestros deseos y nuestra gloria.

Estos mismos son, madre amantísima, los que allá en el respetable solio del Vaticano, allá en el excelso solio español, ocupan los elevados espíritus de nuestro beatísimo padre Clemente y de nuestro católico Carlos: dilátese, Señora, hasta estos in-

felices pueblos tu benéfico apostolado para añadir esta grey al rebaño de la iglesia, y otro nuevo laurel á los verdes que ciñen las sienes de nuestro soberano. Esos tus hermosos ojos llenos de magestad, esa dulce risa templada con el mayor decoro, ese ademan airoso al par que humilde y magnífico, ese semblante derramando gracias es para todos dichoso anuncio de felicidades. Pusiste aquí tu corazón en eterno depósito, están aquí tus bellísimos ojos abiertos para difundir en cada mirada un beneficio. Pónlos benignos en nuestro Excelentísimo Príncipe, y en este real justo senado; pónlos en nuestro ilustre prelado, añadiendo á la amabilidad y dulzura que hacen justamente su caracter, el acierto y felicidad en su gobierno; pónlos en estos gravísimos tribunales, en la muy noble y leal ciudad tuya, en la piadosa ilustre real colegiata dedicada á tu culto; pónlos en todas las naciones, en todo el pueblo megicano, que si tú nos miras afable ¿qué mayor dicha, qué mas segura prenda de la gloria?